

CUADERNOS 23

Sobre la presidencia de
Trump y las elecciones
de noviembre



Editado por CÍRCULO CÍVICO DE OPINIÓN
En Madrid, 20 de diciembre de 2018
publicaciones@circulocivicodeopinion.es
Impreso: Gráficas San Enrique (Madrid)
Depósito Legal: M-7615-2012
ISSN 2254-1837
Editado en España

CUADERNOS 23

Sobre la presidencia de
Trump y las elecciones
de noviembre

Diciembre 2018



El CÍRCULO CÍVICO DE OPINIÓN asume como propios únicamente los textos de los *Documentos* que, tras la correspondiente deliberación y aprobación, se publican con su firma.

Las opiniones contenidas en los *Informes* encargados por el CÍRCULO CÍVICO DE OPINIÓN, y firmados por sus respectivos autores, son de la exclusiva responsabilidad de estos.

ÍNDICE

Sobre la presidencia de Trump y las elecciones de noviembre	5
Informes	
Sobre Trump y sus consecuencias Javier Rupérez	7
Las claves para entender las <i>midterm elections</i> de 2018 Carlota García Encina	17

SOBRE LA PRESIDENCIA DE TRUMP Y LAS ELECCIONES DE NOVIEMBRE

Razones de evidente interés y oportunidad llevan al CÍRCULO CÍVICO DE OPINIÓN a ofrecer en este *Cuadernos* dos informes enfocados hacia las recientes *midterm elections* en Estados Unidos y el balance y las perspectivas, en este momento intermedio de su mandato, de la presidencia de Donald Trump. Dos años después, precisamente, de un *Posiciones* dedicado a “Elecciones presidenciales USA, 2016: entre el vértigo y la resignación” (septiembre, 2016), este nuevo documento en formato de *Cuadernos* aborda la situación política de Estados Unidos tras sus elecciones intermedias: un barómetro siempre expresivo y cuyas repercusiones no son solo internas, sino claramente internacionales, dado el peso e influencia de la gran nación norteamericana en el mundo y el sesgo de las actuaciones exteriores de su Presidente en sus dos años de mandato, quizá ahora mediatizadas por la situación de “gobierno dividido” que han arrojado los comicios.

Con este telón de fondo, los documentos firmados por Javier Rupérez, Embajador de España, y Carlota García Encina, Investigadora del Real Instituto Elcano, aportan desde ópticas complementarias sugerentes elementos para el análisis y la reflexión.

CÍRCULO CÍVICO DE OPINIÓN
Diciembre 2018





SOBRE TRUMP Y SUS CONSECUENCIAS

Javier Rupérez

Embajador de España

Elecciones USA 2018: Gobierno, y América, divididos

Como suele ser habitual en las elecciones americanas de “medio mandato”, los electores han optado por fraccionar el poder del ejecutivo y otorgar a la oposición la mayoría en una de las Cámaras legislativas. Para la segunda mitad de su tiempo en la Casa Blanca, Trump tendrá que habérselas con una Cámara de Representantes con predominancia demócrata. Es el “gobierno dividido” que los politólogos locales tienen por beneficioso para la evolución del país: ejecutivo y legislativo no tienen más remedio que negociar, y colaborar, sobre las cuestiones y respuestas que el país demanda. Pero los republicanos mantienen y aumentan su ventaja en el Senado y los demócratas, aun adquiriendo la mayoría, no llegan a los niveles en que los republicanos se habían previamente situado. Sentimientos encontrados para unos y para otros.

Sin tener el Senado a su disposición es prácticamente imposible que los demócratas imaginen la posibilidad de abrir un proceso de “*impeachment*” contra Trump. Pero su mayoría en la Cámara les otorga la posibilidad de aumentar sobre la Casa Blanca su capacidad de presión, a la que seguramente se añadirán los resultados que arrojen las acciones investigadoras del Fiscal Especial Robert Mueller. Y la iniciativa legislativa vuelve a ser suya, por primera vez en ocho años.

El “gobierno dividido” es el adecuado reflejo de la “América dividida” entre poblaciones rurales que votan republicano y ciudadanos urbanitas que votan demócrata. Es en el colegio electoral que elige al presidente donde mejor se refleja esa realidad, que en definitiva fue la que llevó a Trump a la Casa Blanca y que encarna la base que con tanta asiduidad cultiva el mandatario. Los resultados de ahora mismo, a los que ha colaborado como si fuera él mismo candidato en los comicios, contribuirán seguramente a confirmarle en sus creencias y tácticas populistas y divisorias y a perfilar para las presidenciales de 2020 un Partido Republicano “a la” Trump. El primer análisis de los resultados individuales muestra que la noción del “republicano moderado” corresponde a una especie a extinguir. Al menos mientras Trump ocupe la mansión presidencial.

Las elecciones de este 2018 han mostrado, por lo demás, un notable aumento en la voluntad participativa y un no menos significativo incremento en la variedad de los representantes nacionales, estatales y locales cuyos puestos estaban en competición. Entre ellos, en su mayoría demócratas, destacan los afroamericanos, hombres y mujeres. Y la presencia, por primera vez en la vida política del país, de mujeres originarias de las tribus nativas o de religión musulmana.

También de representantes incluidos en el colectivo LGTB. Una mención específica merece la hispana Alexandra Ocasio Cortez, que con 29 años se ha convertido en la congresista más joven en la historia de la Cámara, elegida por un distrito de Nueva York y ejemplo visible de una nueva generación de demócratas sonoros y radicales.

Tendrán razón los demócratas en felicitarse por su victoria en la Cámara de Representantes, aunque los votantes no les hayan otorgado la “marea” electoral que deseaban. Y los resultados no les eximen de buscar respuesta a la asignatura pendiente: quién, cómo y para dónde dirigirá el Partido de aquí a las presidenciales de 2020 con posibilidades de volver a la Casa Blanca. Y tendrán razón los republicanos en conformarse con una derrota dulcificada por el aumento de su mayoría senatorial, al tiempo que se acomodan a la creciente realidad: más que probablemente será Donald Trump candidato a las próximas presidenciales. Todo lo cual, si alguna cosa, demuestra al menos un importante dato: la vitalidad de la democracia en América. Alexis de Tocqueville sigue teniendo razón.

Un triunfo inesperado

No hay una explicación única más o menos convincente de cómo Donald J. Trump llegó a ser elegido presidente de los Estados Unidos de América. Bien avanzada la noche de las elecciones, el 8 de noviembre de 2016, todas las fuentes fiables de información del país daban por supuesto que la vencedora en la contienda sería la candidata demócrata Hillary Rodham Clinton. Para ello se basaban en los resultados demoscópicos previos a las elecciones, que de manera sistemática situaban en cabeza a la que fuera primera dama en los tiempos de su marido Bill Clinton y luego Secretaria de Estado bajo la presidencia de Barack Obama, y en la convicción de que un personaje tan poco convencionalmente dotado para ocupar la Casa Blanca no podría efectivamente llegar a ser su inquilino. En efecto, el candidato republicano provenía de un entorno neoyorkino caracterizado por dudosos negocios inmobiliarios, había tenido abundantes querellas con el fisco, presumía de una agitada trayectoria amoroso/sentimental, había adquirido fama mediática al protagonizar un “reality show” dedicado a ensalzar las virtudes del capitalismo salvaje y no tenía ninguna experiencia de gestión de intereses comunitarios a ningún nivel. Más allá de encabezar durante los años de la administración Obama la campaña dirigida a poner en duda el lugar de nacimiento del entonces jefe del poder ejecutivo americano, dando a entender que no era nativo de los Estados Unidos y consiguientemente, en términos constitucionales, intruso ilegal en la mansión presidencial.

El candidato Trump había conducido una campaña electoral caracterizada por su decidida inclinación a evitar los medios habituales de comunicación y fiar al tuit, tan repentino como improvisado e insolente, sus reacciones y visceralidades. Gran parte de sus exabruptos, que ya tempranamente dejaban percibir sus inclinaciones nacionalistas, aislacionistas y xenófobas, tenían como objetivo preferente sus contrincantes en la carrera hacia la nominación. No tuvo ningún empacho en utilizar contra ellos descalificaciones e insultos, final y paradójicamente convertidos en sólidas bases para su recibimiento como candidato ante un Partido Republicano dividido, perplejo y acobardado.

Solo “a posteriori” han ido apareciendo las posibles explicaciones ante lo inexplicable: Hillary Clinton fue siempre una defectuosa candidata, lastrada tanto



por su trayectoria como Secretaria de Estado como por la pesada herencia dinástica de los Clinton; el Partido Demócrata realizó una torpe campaña, ignorando los estados y grupos donde se estaba fraguando la corta mayoría del republicano a expensas de clientelas tradicionalmente demócratas; los poco habituales métodos comunicativos de Trump le facilitaron un masivo y gratuito seguimiento en las redes sociales, así como una cobertura no menos masiva y también gratuita en los medios convencionales de difusión; y, entre otras múltiples e insuficientes explicaciones, aquellos que en definitiva dieron a Trump la mayoría en el colegio electoral —blancos con niveles inferiores de educación radicados en zonas industrialmente deprimidas— se encontraban entre los sectores a los que la administración Obama había prestado escasa o nula atención. Naturalmente cabe añadir a todo ello la influencia que en los electores pudieran haber tenido las interferencias rusas en los sistemas cibernéticos de los demócratas y en la generación de mensajes en las redes sociales cargados de virulencia contra la candidata Clinton. Así como la colusión que en tan arteras maniobras pudiera haberse producido entre el Moscú de Putin y la campaña electoral de Trump. Historia esta de la que lo menos que cabe decir, a expensas de conocer los resultados que ofrezca la investigación en curso dirigida al respecto por el exdirector del FBI, Robert Mueller, es que tan demostrada es la manipulación moscovita como difícilmente medible su influencia en el comportamiento electoral de los que dieron la victoria al candidato republicano. Lo cierto es que la elección, a través de los votos depositados en el colegio electoral en representación de cada uno de los cincuenta estados, arrojó un resultado de 306 compromisarios a favor de Trump y 232 a favor de Clinton, siendo 274 los necesarios para la investidura presidencial. No había duda sobre el resultado y sobre la legitimidad del proceso que consagraba la victoria del candidato republicano. Pero un desglose minucioso de la composición del voto mostró que, en el cómputo total del voto popular, Clinton había obtenido 2.860.000 votos más que su contrincante —65.844.610 contra 62.979.635, 48,2% del voto frente al 46,1%—, siendo solo la cuarta vez en la historia del país en que el candidato derrotado obtenía más votos populares que el vencedor en el colegio electoral. La victoria republicana se había fraguado, por una escasa cantidad de votos, en feudos durante décadas tenidos por demócratas: Iowa, Ohio, Michigan, Pensilvania, Wisconsin y Florida. Todos ellos, con la excepción del último, situados en el *Midwest* de los Estados Unidos. Para mayor precisión cabía deducir que la victoria de Trump se había formalizado en los resultados de Michigan, Pensilvania y Wisconsin, donde en conjunto había ganado a Clinton por 107.000 votos —respectivamente 11.837, 68.236 y 27.257—, lo cual equivalía a un 0,09% del total del voto emitido. No había dudas sobre la corrección del proceso electoral y sus resultados —aunque luego Trump lo pusiera en duda para negar la diferencia a favor de Clinton en el voto popular—, pero la evidencia política era contundente: el país estaba profundamente dividido. Medios de comunicación, representantes políticos en todos los niveles, la ciudadanía, aturcidos por la sorpresa, se preguntaron si el nuevo e inesperado presidente haría de su política un cauce para el reencuentro y la reconciliación. Aunque los indicios eran más bien negativos al respecto: el Partido Republicano no solo había ganado el acceso a la Casa Blanca sino que además había asegurado su mayoría en la Cámara de Representantes y en el Senado.

Estilo y planteamientos

Desde el primer momento de su mandato, en el texto de su discurso de investidura, Donald Trump dejó meridianamente claro el conjunto de sus intenciones:



frente a un país que en términos sombríos definió como un “*carnage*”, una carnicería, volvió a enfatizar los mantras de sus tuits: “America first, let’s make America great again”, rechazo de la emigración, seguridad fronteriza, proteccionismo comercial, aislacionismo. Un texto leído a gritos, ante una reducida asistencia y remotamente lejano a los tonos optimistas e inspiradores que en la historia han contenido tales intervenciones. Pero indudablemente contenía los propósitos del nuevo inquilino de la Casa Blanca. Y más allá del entusiasmo mostrado por sus seguidores, tanto la institucionalidad del país como una significativa parte de la ciudadanía confiaban en que la “gracia de estado” presidencial convirtiera al nuevo comandante en jefe en figura menos ardorosa y combativa, y más ecuánime y convencional. La espera fue en vano: el Trump de la tumultuosa e imprevisible campaña electoral seguía siendo el mismo Trump en la Casa Blanca.

Transcurridos dos años desde que Donald Trump ganara las elecciones existen elementos más que suficientes para describir tanto su “estilo”, por llamarlo de alguna manera, de hacer política como los elementos esenciales que con un cierto esfuerzo se pueden percibir en las líneas principales de la misma. El “estilo” está caracterizado por una conspicua falta del mismo, traducido en una manifiesta incompetencia para la gestión administrativa, un gusto permanente por la imprevisibilidad decisoria, una decidida inclinación hacia el autobombo narcisista y un consiguiente caos gerencial, manifestado en la continua rotación de altos y medianos responsables del aparato funcional en la Casa Blanca. El “estilo” está también caracterizado por una manifiesta inclinación a la hipérbole, cuando no abiertamente a la exageración o a la mentira. El “estilo”, como bien se puede comprender, se ha convertido en un espectáculo permanente que, como ya ocurriera durante la campaña electoral, a través de los omnipresentes y normalmente tempraneros tuits o través de las apariciones personales del propio Trump, y para horror de adversarios avergonzados y deleite de seguidores incondicionales, llenan sin interrupción pantallas televisivas, ondas radiofónicas, artículos de prensa y comentarios infinitos en redes sociales. Trump, antes que nada y por encima de todo, es dos cosas: una persona que se tiene por referente indispensable de todo el universo y, seguramente como consecuencia, un nato “*showman*”.

De sus políticas, que globalmente y sin dificultad entrarían en el capítulo de las que en otras partes del mundo siguen y practican los seguidores del populismo, no cabe establecer una fácil coherencia. Puede ser convencionalmente republicano cuando, por ejemplo, introduce una rebaja sustancial en los impuestos de las rentas más elevadas o cuando practica, si la judicatura y las legislaturas locales le dejan, una política contundentemente anti inmigratoria; o más bien demócrata, cuando manifiesta sus inclinaciones proteccionistas y contrarias a la libertad de comercio. O más bien puramente trumpiano, cuando amenaza directamente la solidez de la Unión Europea, acusa a los aliados europeos en la OTAN de insolidarios, califica al líder norcoreano de gran hombre de estado después de haberle tenido por “enanito subido en un cohete”, se lleva bien o mal con Putin según soplen los vientos generales, o probablemente personales, y muestre su contento con las figuras neo-autoritarias de Erdogan en Turquía y Duterte en las Filipinas. Es difícil deducir de tan variadas alternativas una sola y coherente directriz. Que en realidad pudieran ser dos. En lo político, populista: continuar alentando la frustración del electorado blanco en lugares de economía deteriorada que gusta de oír que la raíz de sus males está en los malvados no americanos de nacionalidad, raza o color que llevan décadas aprovechándose de ellos en



beneficio propio. Y en lo personal, qué duda cabe, la potencial rentabilidad de los negocios personales. Queda todavía por hacer, si es que alguna vez se realiza, un detallado catálogo de los potenciales conflictos de intereses en que seguramente incurre el actual inquilino de la Casa Blanca. Que, cabe recordar, en contra de la práctica establecida desde hace decenios, no ha publicado todavía y se duda que alguna vez lo haga, sus declaraciones de impuestos.

Parte sustancial del programa económico de Trump, inspirado directamente de sus convicciones ultranacionalistas, se traduce en las guerras comerciales a las que con impulso digno de mejor causa se viene dedicando. Unas las dirige en contra de China, a la que acusa, no sin razón, de practicar con los Estados Unidos políticas de dumping monetario, industrial y tecnológico, y a la que viene amenazando con importantes medidas de retorsión hacia sus importaciones, cuando no abiertamente de sanciones contra los responsables en las instituciones públicas y privadas del país asiático. Otras, originadas en las mismas convicciones, han conducido a la interrupción de las negociaciones comerciales con la UE o con varios países en la costa asiática del Océano Pacífico, a la renegociación de los acuerdos ya existentes a través del NAFTA con México y Canadá y a la consiguiente imposición de aranceles con unos y con otros, supuestamente como penalización por prácticas abusivas. Recientemente han culminado las negociaciones con México y con Canadá para un nuevo acuerdo y los resultados han sido presentados por el mismo Trump como una reivindicación de sus reclamaciones ante situaciones lesivas para los Estados Unidos. En realidad, con pequeñas alteraciones, los nuevos acuerdos recogen lo fundamental de los antiguos, que en general resultaron ser muy beneficiosos para los tres países. La guerra comercial con China, dada la implicación de todo tipo que existe entre los intereses de ambos países y la fortaleza del gigante oriental, puede ofrecer resultados contraproducentes, aunque Trump quiera llegar a presentarlos como un nuevo éxito de su sabiduría en los negocios aplicada a las relaciones económicas internacionales. La elevación de los aranceles frente a los países europeos ha sido respondida por estos con una medida paralela, que ya hace sentir sus efectos negativos sobre algunos sectores de la agricultura del *Midwest* y, entre otros, sobre el montaje de algunos automóviles europeos en factorías situadas en territorio estadounidense. En todo caso, cabe ya certificar que en el curso de los últimos doce meses se ha registrado una notable reducción en los niveles globales de comercio. Reducción a la que evidentemente no es ajena la guerra de aranceles que en tantos sentidos ha declarado Trump desde la Casa Blanca contra el mundo.

Desde el punto de vista económico, la Casa Blanca proclama a los cuatro vientos sus éxitos: un desempleo del 3,7%, el menor registrado en los últimos cincuenta años, y unos espectaculares rendimientos, a los que seguramente no son ajenos las reducciones fiscales, de la Bolsa neoyorkina. Ambos son dignos de ser tenidos en cuenta, aunque no falten voces que con preocupación señalen la disminución de los ingresos presupuestarios junto con el aumento de gastos en ciertas partidas —fundamentalmente militares— como causa de un explosivo crecimiento de la ya abultada deuda nacional. Y otras avisen del posible recalentamiento de la economía. Es la amarga memoria de 2008 y Lehman Brothers. En todo ello existe un diseño no por elemental menos tozudo en contra de la libertad de comercio, de la consiguiente liberalización de los intercambios, de las normas que conforman el mandato de la Organización Mundial del Comercio —sucesora del GATT, uno de los frutos obtenidos por Harry Dexter White y la administración de Truman en las negociaciones de Bretton Woods en 1947— y, en definitiva, de aquello que ha venido en llamarse la globalización.

Estos planteamientos, aplicados a la política exterior de los Estados Unidos, están provocando desconcierto e inseguridad. Y sobre todo la sensación generalizada de que la que, por ahora, sigue siendo la primera potencia mundial está regida por los caprichos imprevisibles de un megalómano ignorante e incompetente. El llamado “internacionalismo liberal” que, con su origen en la filosofía que inspiró la creación de las Naciones Unidas y que con sus aciertos y fracasos ha servido de punto de referencia para la estabilidad, la seguridad y la paz desde el final de la II Guerra Mundial, ha tenido un imprescindible punto de apoyo en la alianza euroatlántica siempre propiciada por los Estados Unidos y a través de los años encarnada en la Organización del Tratado del Atlántico Norte y en la Unión Europea. Trump se ha mostrado abiertamente desdeñoso, cuando no acerbamente crítico, con ambas estructuras y con sus componentes, arrojando una profunda sombra de duda sobre el núcleo fundamental de la proyección exterior de los Estados Unidos: su relación política, económica y defensiva con las democracias occidentales. Es todavía difícil prever el alcance que tales impulsos viscerales tendrán sobre el cuadro tradicional de relaciones e intereses que han regido la esfera internacional durante los últimos ochenta años, y si serán solo capricho antojadizo de la administración Trump y de sus acólitos o si por el contrario acabarán conformando el marco de la política exterior americana. En este último caso, no sería aventurado predecir un tiempo arriesgado de incertidumbres y reacomodos no exentos de conflicto, en los que jugaría el neoaislacionismo de Washington, la voluntad desestabilizadora de Moscú, el nuevo protagonismo chino y la todavía incierta voluntad global de una UE acosada por las vacilaciones domésticas. Se entiende así el grado de ansiedad con que la institucionalidad USA, tradicionalmente educada en las virtudes y posibilidades del imperio consensual, contempla la deriva del ejecutivo hacia terrenos inexplorados y peligrosos, en los cuales no parece que los Estados Unidos tuvieran grandes cosas que ganar. Es esa y no otra preocupación la que, según nos cuenta Bob Woodward en “*Fear*”, lleva a ciertos altos empleados de la Casa Blanca a retirar de la mesa del despacho presidencial los textos procedentes del aguerrido pensamiento neoconservador que, en la escuela de Stephen Bannon, sus seguidores le habían preparado para la firma.

Fuente literaria

Trump ha generado y previsiblemente seguirá generando una abundante literatura que, sin excluir la hagiografía, florece sobre todo en lo críticamente demoleedor. Entre esta última se encuentra, por ejemplo, una impecable investigación llevada a cabo por el reconocido especialista shakesperiano y profesor en Harvard, Stephen Greenblatt, que, sin mencionar el nombre del mandatario presidencial, lo relaciona con las figuras autoritarias que pueblan el universo de las tragedias escritas por el bardo inglés. Para que no cupiera ninguna duda al respecto, el libro se titula “*Tyrant*”. En la misma onda y casi con el mismo título —“*On Tyranny*”— el politólogo Timothy Snyder ha publicado un pequeño opúsculo, casi un panfleto a la antigua y buena usanza, recordando en unas decenas de párrafos las características por las que se reconoce a las dictaduras ayer y hoy. No hace falta señalar en quién estaba pensando cuando lo escribió. El mismo Snyder, en un volumen más denso, “*The Road to Unfreedom*”, describe el camino imperceptible e irreversible que las democracias pueden recorrer hasta su desaparición. Por no añadir la anécdota de los volúmenes ocasionales y altamente vitriólicos debidos a la pluma de algunos de los empleados que originalmente ocuparon con Trump la Casa Blanca antes de ser de ella despedidos sin ceremonia, o las declaraciones



escandalosas de la estrella del cine porno o de la conejita de Playboy que, con los pelos y señales prohibidos en las publicaciones dirigidas a los menores de 18 años, narran sus aventuras y desventuras con el hoy presidente de los Estados Unidos de América.

Es evidente que Trump cuenta con fervientes seguidores y con feroces detractores. Es cierto que los números de su popularidad, que con dificultad alcanzan el 40% de aceptación, se encuentran entre los más bajos conocidos entre la última decena de presidentes americanos. No es menos cierto que tiene tantas posibilidades de ser reelegido en 2020 como de no serlo. Entre otras razones porque los mismos demócratas se encuentran lejos de concitar la coherencia y adhesión suficientes como para imaginar en ese momento un cambio de ciclo. Y al cumplir dos años de un primer mandato, por otra parte, las expectativas se centran en los resultados de las llamadas *midterm elections* para renovar la totalidad de la Cámara de Representantes y un tercio de los miembros del Senado. La experiencia nos dice que en no pocas ocasiones han sido esas elecciones, como así ha sido, las que han privado al presidente elegido de su mayoría parlamentaria, con todos los resultados correspondientes. En este caso, y fundamentalmente, los derivados de las averiguaciones a que llegue la investigación sobre la relación Trump/Putin durante las elecciones presidenciales y la posibilidad de que, conteniendo elementos inculpatorios, pudiera desembocar en un procedimiento de destitución o *“impeachment”* que, como bien se sabe, es articulado desde la Cámara y sentenciado en el Senado. Para ello se requiere la existencia de sustanciales mayorías tanto de representantes, que los demócratas han adquirido, como de senadores, que sin embargo retienen los republicanos. Todo lo cual añade drama al ya barroco espectáculo y constituye elemento permanente de preocupación o diversión en los círculos políticos, mediáticos y ciudadanos.

Corrosión de la democracia

Pero además lo realmente grave en esta historia del impredecible Trump es la profunda distorsión que está introduciendo en el funcionamiento del sistema constitucional del país. La Constitución americana configura la división de poderes en la articulación tradicional del Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial, concediendo amplios y no siempre bien definidos al primero. La previsión de que el sistema debería basarse en el equilibrio de los famosos *checks and balances*, fundamentalmente para controlar desde cada uno de los poderes los eventuales abusos del resto, contiene además la noción implícita de la integridad de sus ostentadores. Pero como avisan Levistky y Ziblatt en su libro *“Cómo mueren las democracias”*, Trump está contribuyendo a la corrosión del sistema con su innata tendencia a utilizar los poderes que le confiere la Constitución sin prestar atención a sus limitaciones y cortapisas. Utilizando la metodología que en 1978 ya había adelantado Juan Linz en su *“Quiebra de la democracia”*, los dos autores concluyen: *“Ningún otro candidato presidencial importante de la historia moderna de los Estados Unidos, ni siquiera Nixon, ha demostrado en público un compromiso tan endeble con los derechos constitucionales y las normas democráticas. Trump es precisamente el tipo de figura que tanto temían Hamilton y otros fundadores cuando concibieron la presidencia de los Estados Unidos”*.

En efecto, y rompiendo con normas elementales de comportamiento constitucional, Trump pretendió invadir los terrenos reservados a la judicatura al exigir públicamente que su contrincante en las elecciones de 2016, Hillary Clinton,

fuera enviada a la cárcel; no ha tenido empacho en considerar a los medios de comunicación los “enemigos del pueblo”, poniendo en duda los términos en que la Constitución afirma el derecho a la libre expresión; ha criticado decisiones judiciales tomadas en defensa de los derechos de los inmigrantes y vertido brutales descalificaciones sobre los jueces que las han dictado; tras las elecciones de 2006, y al conocer los cómputos de voto popular, amenazó con la adopción de medidas para impugnar los resultados; ha procurado por todos los medios someter a sus particulares necesidades la tarea de organismos estatales de seguridad e información, como el FBI o la CIA; cuando le conviene, alienta a sus seguidores para que si es necesario utilicen la violencia contra los opositores a su figura o a sus políticas; sus propuestas sobre y contra la inmigración destilan permanentemente un poderoso aliento xenófobo, cuando no abiertamente racista; son conocidas sus preferencias por reforzar las leyes que refuercen las acciones en contra de aquellos que públicamente critican al gobierno o a sus representantes. Todo ello sin mencionar su inveterada tendencia a poner en duda la calidad profesional de, o abiertamente insultar a, los funcionarios o representantes públicos que incurren en su desagrado, trátese de altos cargos de su propia administración, congresistas, escritores, periodistas o agentes del orden. La de Trump es una visión absolutista del poder presidencial que refleja sin matices una poderosa tentación totalitaria. Frente a la que han sucumbido los *checks and balances* tradicionalmente construidos en torno a las relaciones entre ejecutivo y legislativo, este hoy temerosamente sometido a los impulsos presidenciales, y que solo encuentra barreras en la prensa, la judicatura y lo que el propio Trump erróneamente califica de “*Deep State*”, una supuesta conspiración contra su persona encarnada y dirigida por los altos niveles de la administración. Y que en verdad refleja adecuadamente la reacción que la institucionalidad del país, durante decenios formada en el cultivo del internacionalismo liberal dentro y fuera de las fronteras, se siente obligada a proyectar en defensa de un sistema de valores y relaciones que han garantizado el poder y la influencia de los Estados Unidos como parte de una alianza construida en torno a la democracia, el multilateralismo, la libertad de comercio y los actores internacionales que en ello participan y defienden. El populismo trumpiano constituye la enmienda más radical a la política nacional e internacional que los Estados Unidos han venido predicando y practicando desde al menos el día que en el mes de octubre de 1945 se constituyó en San Francisco la Organización de las Naciones Unidas.

¿Circunstancial o estructural?

Cabe preguntarse si en esas preocupantes perspectivas el fenómeno Trump es solo la anómala manifestación de un momento aislado en la historia o por el contrario constituye el comienzo de una tendencia en el comportamiento político, social y electoral de la ciudadanía estadounidense. La respuesta a la interrogante solo vendrá adecuadamente dada cuando se conozcan los resultados de las elecciones presidenciales en 2020 en el caso de que a ellas concurriera Trump como candidato republicano y se hubiera alzado con la victoria. Pero incluso con independencia de ello es ya urgente resaltar cómo la hégira del populista presidente de los Estados Unidos coincide con la multiplicación de tales especímenes políticos en diversas latitudes del globo. No sería adecuado presumir con ello contagio alguno —el populismo no ha nacido con Trump y seguramente tampoco desaparecerá con él—, pero sí constatar las consecuencias que la generalización del fenómeno puede traer para la seguridad, la estabilidad y en definitiva la paz en el mundo.



No es casual que en el catálogo de las amistades políticas preferidas del Presidente americano figuren de manera preferente gentes como el primer ministro húngaro Orban, predicador ardiente de la democracia “iliberal”, o los líderes polacos del partido Libertad y Justicia, arteramente dedicados a romper el principio democrático de la división de poderes, o Theresa May, la primera ministra británica empeñada en su defensa del “Brexit es Brexit”, o el propio Vladimir Putin, con el que evidentemente mantiene una relación admirativa solo interrumpida de vez en cuando por las impertinencias de los servicios americanos de inteligencia, obsesionados con impedir la intromisión del ruso en la vida de los Estados Unidos, por no hablar de los ya citados Erdogan y Duterte. Esas afinidades electivas, construidas en detrimento de los integrantes de las alianzas políticas, económicas y militares construidas desde 1945 con las democracias, comparten además la atención de los populismos neonacionalistas que hoy pueblan Italia, y Francia, y Holanda, y Eslovaquia, y la Republica Checa, y Suecia, y Finlandia y, en nuestro país, Cataluña. No es ninguna casualidad que en todos ellos encuentre acogida calurosa el máximo ideólogo del populismo norteamericano Stephen Bannon, que fuera mentor político de Trump durante la campaña electoral y en sus primeros tiempos de la Casa Blanca, y que recorre Europa sembrando la buena nueva de una tierra prometida de liderazgos fuertes, altas barreras fronterizas, potentes identidades nacionales y profunda desconfianza hacia los libres mercados y las gentes libres.

No faltan entre los observadores de las realidades nacionales e internacionales aquellos que tienen la tentación de comparar el tiempo presente con aquel de incertidumbre y caos que en los años treinta del pasado siglo sentó las condiciones para la II Guerra Mundial tras haber contemplado la generalización de los totalitarismos de izquierda y derecha. Otros, menos dados a la profecía de calamidades, achacan a la burocratización de las instancias internacionales, trátase de las Naciones Unidas, de la Unión Europea o de la OTAN, el progresivo desapego popular y la consiguiente vuelta a evocaciones aislacionistas y parroquiales de tiempos que nunca fueron y probablemente nunca serán. Sin olvidar aquellos que como Sinclair Lewis en 1935 (“No puede pasar aquí”) o Philip Roth en 2003 (“La conjura contra América”) no excluyen el escenario literario en que la democracia, desmintiendo a Tocqueville, muere en América. Sería excesivo mantener que con Donald Trump en la Casa Blanca se hubiera alcanzado ya ese punto. Tanto como mantener que su estilo, sus decisiones, sus impulsos y sus improvisaciones constituyan ejemplos de didascalia constitucional y democrática. O que sus proyecciones internacionales garanticen la progresión de un mundo integrado en torno a los valores y principios que se encuentran en el Preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas. Causa o efecto, Donald Trump es hoy el síntoma de una fragilidad democrática. Para todas aquellas generaciones que desde hace ochenta años han conseguido evitar el “flagelo de la guerra” y se han comprometido a “reafirmar la fe en los derechos fundamentales del hombre, en la dignidad y el valor de la persona humana, en la igualdad de derechos de hombres y mujeres y de las naciones grandes y pequeñas, a crear condiciones bajo las cuales puedan mantenerse la justicia y el respeto a las obligaciones emanadas de los tratados y de otras fuentes del derecho internacional, a promover el progreso social y a elevar el nivel de vida dentro de un concepto más amplio de la libertad”, ello constituye un recordatorio indispensable.



LAS CLAVES PARA ENTENDER LAS *MIDTERM ELECTIONS* DE 2018

Carlota García Encina

Investigadora del Real Instituto Elcano

La victoria demócrata en la Cámara Baja del Congreso norteamericano, tras las elecciones de medio mandato del 6 de noviembre, ha sido un espaldarazo a la imagen de EE.UU. en el exterior, demonizada tras la victoria de Donald Trump en 2016. Desde Washington, los demócratas han enviado un claro mensaje de que a partir de ahora el Congreso reflejará de forma más acertada lo que es EE.UU. Desde fuera, y sobre todo desde Europa, algunos han expresado su deseo de trabajar y cooperar con esta nueva composición del Congreso principalmente en asuntos internacionales, como el ministro de exteriores alemán, Heiko Mass. Frans Timmermans, vicepresidente primero de la Comisión Europea, tuiteó su entusiasmo porque los votantes norteamericanos hubieran escogido la esperanza al miedo, la inclusión al racismo, y la igualdad a discriminación; mientras que Pierre Moscovici, comisario europeo de Asuntos Económicos, habló de gran éxito en la noche de la victoria demócrata.

Los europeos quizás han sobre-interpretado la victoria demócrata en la Cámara Baja, que tiene mucho de política local y también implicaciones para la política exterior. Es posible esperar un enfoque algo diferente en asuntos internacionales con unos demócratas más afines a la OTAN, al pacto nuclear con Irán, al control de las armas nucleares y más comprometidos con la ayuda exterior. De hecho, conviene destacar que muchos de los recién llegados tienen experiencia profesional en política exterior o seguridad nacional por lo que al menos se puede esperar más debate. No hay que olvidar, además, que el Congreso de EE.UU. tiene la potestad de aprobar los tratados que negocia el presidente, iniciar investigaciones relacionadas con la política exterior y la seguridad nacional, y regular el comercio, a pesar de que en las últimas décadas haya abdicado muchas de estas responsabilidades en la Casa Blanca. Quizás esta sea la oportunidad para cambiar esa tendencia, con un presidente que tiene una particular visión del cuerpo de diplomáticos y de los funcionarios del servicio exterior y cuya toma de decisiones en cuestiones de política internacional es algo caótica y por lo general ad hoc. Por otro lado, una continua confrontación entre un Congreso dividido y un presidente impulsivo e imprevisible solo debilitaría la acción exterior de EE.UU. E incluso cabe la posibilidad de que algún actor externo, por ejemplo Europa, se encuentre en medio de un fuego cruzado entre las partes.

División y polarización

Conviene, no obstante, profundizar en la lectura de los resultados del 6 de noviembre. Esta vez las encuestas no se han equivocado. Aunque tampoco se



equivocaron en las elecciones del 2016. Entonces se predijo que Hillary Clinton ganaría por dos puntos a Donald Trump, y lo hizo en el voto popular superándolo en más de 2.800.000 votantes. Pero no ganó en estados claves como Michigan, Pensilvania y Wisconsin, donde no hubo casi ni encuestas. De ahí salieron los 80.000 votos que dieron la victoria a su rival. El fallo estuvo en escoger o hacer las encuestas adecuadas, no en los datos que revelaban.

Nuevamente los demócratas han ganado el voto popular: más de 58 millones de votos frente a 50 millones de sus oponentes (53,1% frente al 45,25%), según los datos recogidos por *Cook Political Report*, un margen histórico. El número de votantes republicanos por debajo de los 30 años se ha mantenido estable, mientras que en el mismo rango de edad 4 millones más han votado por los demócratas. Cifras que, por otro lado, no deslegitiman la victoria republicana en el Senado ni quitan opciones a Trump como sólido candidato en el 2020.

Las elecciones de media legislatura han mostrado además a las Cámaras del Congreso oscilando en direcciones opuestas, algo poco frecuente pero no inaudito, con los demócratas ganando sillas en la Cámara de Representantes y perdiéndolas en el Senado, y viceversa para los republicanos.

A falta de los resultados definitivos, los demócratas ganan 38 escaños más en la *Cámara de Representantes*, que renovaba por completo los 435. Suman así un total de 233 frente a los 201 con los que se queda el otro partido. El Partido Demócrata ha superado con creces los 23 escaños que necesitaba para alcanzar una mayoría que no tenía desde 2010. Y lo ha logrado por tres razones: por la baja popularidad de Trump a nivel nacional a pesar de la buena marcha de la economía; por la retórica divisiva del presidente y que no todos los candidatos del *GOP* han sabido gestionar; y porque históricamente el partido contrario al gobierno lo hace mejor. También partían con cierta ventaja: alrededor de 40 republicanos se retiraban o dejaban su escaño para ocupar algún puesto en la Administración y, por lo tanto, había muchas más carreras abiertas que daban a los demócratas más posibilidades de alcanzar la mágica cifra de 23 escaños. Y la victoria no hubiera sido tal de no ser por el vuelco en los tradicionales suburbios republicanos —mucho más diversos en la actualidad— que han votado al Partido Demócrata, sobre todo las mujeres. Un ejemplo es el Condado de Orange al sur de Los Ángeles, que no enviará a ningún republicano al Congreso por primera vez desde 1940, replicando las derrotas en los alrededores de Minneapolis, Detroit, Atlanta, Dallas, Houston, Seattle, Nueva York y Washington D.C. No obstante, la derrota republicana ha sido inferior a la que sufrió Barack Obama en 2010, donde llegó a perder hasta 63 escaños.

En el *Senado*, que renovaba un tercio de sus 100 escaños, y a falta de los últimos recuentos, se queda con 52 escaños en manos republicanas —y por lo tanto retienen la mayoría— frente a los 47 de los demócratas. Estos últimos comenzaron la campaña electoral con un panorama muy complicado, defendiendo 26 escaños, 10 de los cuales habían votado por el candidato republicano en el 2016. Los republicanos, por su parte, solo tenían que defender a nueve senadores, y aunque todo apuntaba a que ampliarían su mayoría, esta ha sido menor de lo que se esperaba tras los primeros resultados. No obstante, la victoria republicana en el Senado responde a una creciente nacionalización de las *midterm elections* y al deseo del presidente de EE.UU. de convertir los comicios en un referéndum sobre su presidencia para movilizar a su base. Y lo ha conseguido, consolidando su liderazgo en el Partido Republicano incluso a pesar de que el coste haya sido



quedarse en minoría en la Cámara Baja, pero al menos una minoría unida detrás del presidente.

Trump se ha apoderado del alma del partido que ahora nadie parece cuestionar. Lo dicen los republicanos incondicionales, los senadores más experimentados, los analistas políticos y los opositores. La vieja agenda del *GOP* centrada en los temas fiscales ya no inspira a nivel nacional y se ha visto en esta pasada campaña. El mensaje ganador de los senadores republicanos ha sido el de Trump: inmigración y agenda económica nacionalista. Ya en la primarias de estas *midterms*, no ser suficientemente fiel a Trump significó para la mayoría perder la candidatura. Hoy, los que en su momento se opusieron a Trump —los tradicionales líderes del partido— capitulan, como Lindsay Graham, o se marchan, como Jeff Flake y Bob Corker, sin olvidarnos de que ya no está John McCain. Porque, como muchos afirman, Trump refleja lo que los votantes republicanos han creído durante muchos años, ignorados por los republicanos de Washington. De las reticencias iniciales como candidato se ha pasado a la sumisión e incluso al culto a su persona.

La historia que no se ha contado en esta elecciones de media legislatura es la de los gobernadores y el importante avance demócrata en esta carrera. Han retomado el control de siete oficinas, aunque los republicanos mantengan la mayoría (de los 50 gobernadores, 23 serán demócratas y 27 republicanos). Y para entender su importancia hay que volver a la victoria republicana de las elecciones de medio término de 2010. Una de las principales consecuencias fue que los gobiernos y congresos regionales republicanos delimitaron a su favor los distritos electorales, principalmente de los estados de los Grandes Lagos y del *Midwest*, gracias al denominado *gerrymandering*, un proceso que permite agrupar a segmentos de votantes fieles en un mismo distrito de manera que se facilite la mayoría de un partido frente al otro. Y precisamente fue en el *Midwest* donde Donald Trump ganó las presidenciales gracias a esos decisivos 80.000 votos. La próxima delimitación de los distritos será en el 2020 y ahora habrá más demócratas que podrán participar en este proceso. No obstante, cada vez hay más voces que consideren esta práctica un riesgo para la legitimidad electoral y una amenaza para la propia democracia.

El resultado final de las elecciones muestra a un país profundamente dividido por líneas geográficas, con las costas y los núcleos urbanos y universitarios preeminentemente demócratas, frente a las zonas más rurales y conservadoras; por líneas demográficas, con jóvenes votando de manera muy distinta a sus mayores, y las mujeres a los hombres; y por líneas educativas.

Así, un 35% del electorado por debajo de 45 años ha votado por los demócratas (61%), mientras que por encima de los 45 años prefieren a los republicanos, aunque sea solo por un punto; las mujeres prefieren a los demócratas (+19 puntos), aunque las mujeres blancas se dividen por igual (49%-49%), mientras que los hombres prefieren a los republicanos (+4 puntos) y los hombres blancos mucho más (+21 puntos); si los votantes blancos apuestan por Trump (+10 puntos), los negros (+81 puntos), los hispanos (+41 puntos) y los asiáticos (+54 puntos) todo lo contrario. Y a más nivel educativo más preferencia demócrata (+13 puntos) que los que no tienen título universitario, que se dividen entre los dos partidos por igual¹.

1 Ver: *Cnn politics, Exit polls* en: <https://edition.cnn.com/election/2018/exit-polls>

Esta polarización pone de manifiesto los límites de ambos partidos que parecen cada vez más infranqueables. Pero si la polarización ha sido una cara de la moneda, la otra ha sido la gran movilización de los votantes de ambos partidos, fruto de esa “nacionalización” de las elecciones de media legislatura que al mismo tiempo apunta a una ciudadanía más comprometida. Este tipo de elecciones moviliza al 40% de los electores como media. Esta vez ha habido 116 millones de votantes, o el 49,4% de los electores (solo 83 millones votaron en 2014). En Georgia, con una dura carrera para el puesto de gobernador entre Stacey Abrams —demócrata, mujer y negra— y el Republicano Brian Kemp —acusado de boicotear y restringir el voto de la población afroamericana— se ha movilizado el 55% del electorado, la mayor subida con respecto a la media del país, mientras que en Minnesota votó el 64%.

La movilización entre los jóvenes entre 18 y 29 años ha sido una de las más aplaudidas, sobre todo si se tiene en cuenta que en 2016 votó el 7%, en las *midterms* de 2014 un 10% y en las *midterms* de 2010 un 3%. Ahora han llegado al 31%, o 14,7 millones de jóvenes votantes. Ha sido uno de los grupos clave junto con una mayor movilización de afroamericanos, hispanos y personas sin preferencias religiosas.

Y es precisamente esta gran movilización la que ha impedido la materialización de una “marea azul” que algunos pronosticaban. Una marea solo puede suceder si es asimétrica, si el entusiasmo solo recae de una parte, y no ha sido el caso. Los republicanos también se movilaron a lo grande: los candidatos al Congreso recibieron más de 50 millones de votos (en 2010 fueron 45 millones), pero muchos se preguntan si serán suficientes para que Donald Trump gane un segundo mandato. En contra tiene que ha perdido a muchos votantes indecisos, ya que los independientes prefirieron a los demócratas por encima de los republicanos (+12 puntos). Y en contra tienen que su base es menor que la demócrata, aunque más sólida. De hecho la base demócrata está menos cohesionada y por lo tanto es más difícil de gobernar y de movilizar. De nuevo, todo indica que la carrera sigue abierta para el 2020.

Un Congreso dividido

Con los resultados de las *midterm elections* se vuelve también a un gobierno dividido, que dicho sea de paso es la norma en EE.UU. y lo que, por regla general, prefieren los norteamericanos. Es la manera en la que mejor funciona su sistema de gobierno y la forma de que entren en acción los *checks and balances* algo abandonados en los últimos tiempos con una presidencia y un Congreso del mismo color. Ahora en Washington hay una institución que puede rebatir los comentarios racistas y xenófobos que salgan de la Casa Blanca.

Pero la Cámara Baja no se opondrá a Donald Trump sino que retomará el papel que le corresponde de supervisión de la presidencia, aunque la creciente polarización política ha hecho que se pierda esta perspectiva. Los congresistas siempre han sido excepcionalmente independientes en su trabajo y a grandes rasgos se puede afirmar que suelen dar prioridad a su estado, luego al país y por último a su partido, una lista algo distorsionada en los últimos tiempos.

El Congreso 116 tendrá muchas caras nuevas: 104 miembros no se reincorporarán —bien por no haber conseguido la reelección o porque dejan la Cámara por



otros motivos—, la mayor renovación desde 1992, un indicio más del cambio que se puede esperar. Y será un Congreso histórico para las mujeres, tanto para las que se presentaron como candidatas para alguna de las dos cámaras —256— como para las que han ganado —114—.

El nuevo *caucus* demócrata de la Cámara Baja, además de supervisar la presidencia, podrá controlar la agenda legislativa, todo el tema presupuestario y, por qué no, recuperar cierto poder en materia de política exterior. Entre las caras nuevas hay jóvenes, mujeres, algunos progresistas, pero también moderados que apoyan la Segunda Enmienda o que prefieren mantener algunas restricciones al aborto. Los representantes demócratas más cercanos al *establishment* preferirán hablar de infraestructuras, del precio de los medicamentos, de la reforma del sistema penal, de la inmigración e incluso de la política hacia China con los republicanos. Los más liberales pedirán a gritos un *impeachment* contra el presidente y la creación de comisiones de investigación sobre las finanzas de la familia Trump, sobre Arabia Saudí y sobre Rusia. Y muchas de las investigaciones que presumiblemente se podrán iniciar podrán servir para reforzar las pruebas del fiscal especial Robert Mueller, que investiga la posible coordinación entre el equipo republicano y el gobierno ruso en las elecciones presidenciales de 2016, ahondando en áreas que están fuera de su mandato.

La victoria demócrata en el Congreso dota, por tanto, a Mueller de un pequeño ejército de defensores que quieren blindar su labor y que pueden lanzar una serie de investigaciones paralelas. La Cámara Baja tiene además la potestad de citar a cualquier funcionario del gobierno a testificar sobre un asunto que considere importante, lo que se conoce como “*subpoena power*”, y se especula que podría citar al propio Trump por la trama rusa. Y aunque no sea así, solo la posibilidad ya le amplía el margen de maniobra y negociación a la Cámara. La importancia de este poder en este momento radica en que no hay ninguna disposición que diga que el informe de Mueller deba ir al Congreso ni deba hacerse público, pero ahora los demócratas y el Comité Judicial de la Cámara de Representantes puede utilizar el “*subpoena power*” para leer el informe, recapitular pruebas y hablar con los testigos. Y Trump ya se ha sentido acorralado por el panorama de investigaciones y medidas del Congreso obligando a dimitir al fiscal general Jeff Sessions. De paso ha nombrado a un nuevo fiscal general en funciones, Matthew Whitaker, que será ahora el encargado de supervisar la investigación de la presunta conexión rusa y tiene un perfil claramente partidista.

Si Nancy Pelosi encabeza la mayoría demócrata de la Cámara Baja deberá buscar un equilibrio entre los deseos de venganza y el mandato electoral que les pide llevar las cosas a cabo. Si opta por la simple obstrucción podrá alinear a los votantes independientes o indecisos hacia el otro lado en las presidenciales del 2020. Y si consigue entenderse con el líder de la mayoría republicana en el Senado, Mitch McConnell, será una señal de que es posible el entendimiento. Que cada una de las Cámaras esté en una mano diferente puede inhibir luego el proceso legislativo que, unido a la creciente polarización y salida de muchos republicanos moderados, apuntaría a un estancamiento. Pero el techo presupuestario (Donald Trump ha amenazado por enésima vez con un “cierre del gobierno” —*shut down*— si no consigue el presupuesto para construir el muro con México) y algunos otros gastos deberán abordarse necesariamente, lo que requerirá una buena capacidad negociadora de los demócratas y concesiones por parte del partido republicano.

El primer gran test al que se enfrentará será la aprobación del nuevo acuerdo NAFTA (USMCA, por sus siglas en inglés), que se presenta incierto por la división del nuevo *caucus* demócrata, con senadores como Sherrod Brown, enemigo declarado de los acuerdos comerciales. Un ámbito, el del comercio, en el que los republicanos van a tener que recular. Los estados agrícolas como Dakota del Norte votaron por Trump en noviembre después de recibir sustanciosos subsidios para paliar los efectos negativos de su política comercial. Pero ha sido derrotado en el “*Rust Belt*”, donde la industria manufacturera se ha visto perjudicada, y no es desacertado pensar que habrá modificaciones en el tema de los aranceles en los próximos meses.

Por ahora Pelosi ha dicho a sus donantes que no va a ir a por la figura de Donald Trump, pero sí contra un uso indebido del poder y contra un ejecutivo que socave las leyes que el Congreso ha aprobado, sobre todo en temas de derechos civiles. ¿Será esta una estrategia ganadora para el 2020?

¿Y ahora qué?

A lo largo de la campaña electoral el presidente hizo hincapié en esa narrativa sobre lo que significa ser norteamericano, sobre quiénes son los buenos y los malos, historias donde él era el héroe. Los demócratas, por su parte, se centraron en el tema del denominado *Obamacare*. Y ambos alentaron el miedo: el miedo a la caravana y el miedo a perder la asistencia sanitaria.

Se echa en cara a los demócratas que, a diferencia de los republicanos, no tuvieran una narrativa sobre la nación que quieren o sobre la dirección que quieren para el país. Pero quizás precisamente por eso tuvieron éxito el pasado 6 de noviembre, permitiendo que cada candidato se adaptara a las necesidades de sus distritos. El Partido Demócrata, a diferencia del Republicano, es una colección de circunscripciones electorales que se organizan alrededor del principio fundamental de que un gobierno activo puede mejorar la vida de los norteamericanos, de muy diferentes maneras. Buscar una ideología general o unificadora no les haría más fuertes. El Partido Republicano, por su parte, tiene un compromiso ideológico que defiende un gobierno pequeño. Por eso se suele decir que el público norteamericano es ideológicamente conservador y operativamente liberal, porque tienen miedo a un gobierno federal grande, pero les gustan sus programas. Y el mejor ejemplo lo encontramos en el *Affordable Care Act*, que fue demonizado durante los años de Barack Obama y ahora lo apoya una amplia mayoría.

Es cierto que EE.UU. es un país dividido y que el Partido Republicano se encuentra más unido que nunca alrededor de la figura de Trump. Pero si miramos de forma particular a cada uno de los estados, se observa que en el ámbito social se ha avanzado en términos de tolerancia más allá de la dimensión meramente política. Una afirmación que puede sorprender si tenemos en cuenta que existe un Partido Republicano empeñado en inundar EE.UU. de jueces conservadores para tener un impacto a largo plazo en la dirección del país; o si prestamos atención al bajo porcentaje de hombres y mujeres blancos que votaron por los demócratas en estados como Texas o Georgia; o si tenemos en cuenta los ejemplos de la supresión del derecho al voto en Georgia, Florida, Texas y Nueva York que afecta principalmente a las minorías, a los jóvenes y la gente con pocos recursos.



Tolerancia es una marca distintiva de la democracia y hay más de la que dicen en los medios de comunicación. Para ello hay que fijarse en esa amplia gama de referéndums y consultas locales que también había que votar en noviembre pasado, independiente de si el estado era de un color o de otro. Florida, por ejemplo, ha votado por un amplio margen una ley que permite a los expresidarios recuperar su derecho al voto. Maryland, Nevada y Michigan esperan promulgar leyes que faciliten el registro para poder votar. Arkansas y Missouri han votado para incrementar el salario mínimo. Massachusetts ha dado el primer paso para la protección de las personas transgénero. El estado de Washington ha aprobado una iniciativa para endurecer el control de las armas. Y en Idaho, Nebraska y Utah han votado por ampliar el *medicaid*.

Una tolerancia que se ve a nivel local y que crece de forma directamente proporcional a los *millenials* y a su paulatino protagonismo. Se van a convertir en la generación más grande en la historia de EE.UU. y no se identifican ni como republicanos ni como demócratas, aunque acaben votando a estos últimos. Tienden a la secularización y son más tolerantes con las minorías, las cuestiones de género, la religión y la inmigración, lo que refleja su propia composición como grupo. Y todo ello apunta a que en la próxima década la aproximación a la raza, al género y la religión será diferente a la que encontramos ahora. Los *millennials*, infrarrepresentados en el Congreso, serán la mayor fuerza política en EE.UU. y transformarán la política, si quieren.

Otro elemento al que hay que prestar atención es al creciente poder de los estados y de los niveles sub-nacionales frente al gobierno federal. Después de 2016, los demócratas más liberales se dieron cuenta que era más fácil avanzar a nivel local que federal, y de hecho ha sido ahí donde han tenido éxito. Los estados están de alguna manera obligados a llevar las cosas a término y a sentarse en la mesa a negociar, al contrario que el gobierno federal, por lo que los electores miran cada vez más hacia ellos para resolver sus problemas. Y es una tendencia en alza, por lo que en los próximos 10-20 años veremos que la democracia más vibrante estará precisamente en los estados y en niveles inferiores.

La victoria parcial de los demócratas en las *midterm elections* del pasado noviembre no ha dado con la fórmula para derrota a Donald Trump en las próximas presidenciales. Pero algo está cambiando en EE.UU., aunque sea lentamente.



PUBLICACIONES





Colección CUADERNOS

DOCUMENTOS E INFORMES

DOCUMENTO nº 1

*España: ante una encrucijada crítica.
Empleo, responsabilidad y austeridad*
Círculo Cívico de Opinión. Noviembre de 2011

DOCUMENTO nº 2

Propuestas para fomentar el empleo juvenil
Círculo Cívico de Opinión. Febrero de 2012
INFORMES
Para un diagnóstico sobre la formación y el empleo de los jóvenes.
L. Garrido Medina, UNED
El empleo juvenil en España: un problema estructural.
F. Felgueroso, Universidad de Oviedo.

DOCUMENTO nº 3

*Plan y liderazgo. Lo urgente y lo importante en la política
frente a la crisis*
Círculo Cívico de Opinión. Marzo de 2012
INFORMES
Lo urgente y lo importante en la política económica hoy.
J.M. Serrano Sanz, Universidad de Zaragoza
Políticas para una recesión de balance.
M. Martín Rodríguez, Universidad de Granada
Economía española. Diagnóstico, situación y propuestas.
A. Torrero, Universidad de Alcalá
*La política económica frente a los problemas urgentes e importantes
de la economía española actual.*
A. Costas, Círculo de Economía

DOCUMENTO nº 4

La refundición de los reguladores
Círculo Cívico de Opinión. Mayo de 2012
INFORMES
Sobre la estabilidad de la regulación. Fórmulas de equilibrio y frentes de riesgo.
J. Esteve Pardo, Universidad de Barcelona
Estabilidad regulatoria.
F.J. Villar, Universidad de Barcelona
*Mínimos reguladores, mínima regulación, mínima restricción y mínima distorsión
a los mercados.*
A. Betancor, Universidad Pompeu Fabra
La estabilidad de la regulación económica.
J. de la Cruz Ferrer, Universidad Complutense

DOCUMENTO nº 5

Por una política presupuestaria más ambiciosa
Círculo Cívico de Opinión. Junio de 2012



DOCUMENTO nº 6

Una democracia de calidad: valores cívicos frente a la crisis

Círculo Cívico de Opinión. Septiembre de 2012

INFORMES

La moral de la democracia.

V. Camps, Universidad Autónoma de Barcelona

Elogio de la obligación. No hay democracia posible sin cultura de la obligación.

A. Cortina, Universidad de Valencia

Raíces privadas de la ética pública.

J. Goma Lanzón, Fundación Juan March

Remedios para lo irremediable.

F. Savater, escritor

DOCUMENTO nº 7

Desafección política y sociedad civil

Círculo Cívico de Opinión. Noviembre de 2012

INFORMES

Partidos políticos y sociedad civil:

análisis de un divorcio, propuestas de reconciliación.

J. Rupérez, Embajador de España

La presunta desafección democrática.

J. M. Ruiz Soroa, abogado

Wikicracia y antipolítica.

I. Camacho, periodista y escritor

Fallo de país.

A. Ortega, escritor y periodista

Preocupémonos de los procesos, no de los resultados.

J. I. Torreblanca, UNED

DOCUMENTO nº 8

La investigación: una prioridad a prueba

Círculo Cívico de Opinión. Diciembre de 2012

INFORMES

Investigación, desarrollo e innovación en una España en crisis:

un breve informe de situación y algunas propuestas.

F. Cossío, UPV, Ikerbasque

La ciencia española entre dos leyes.

J. López Facal, CSIC

DOCUMENTO nº 9

Medidas para la reactivación del sector inmobiliario y la construcción

Círculo Cívico de Opinión. Mayo de 2013

INFORMES

La ciudad compacta, un recurso frente a la crisis.

L. Fernández-Galiano, Universidad Politécnica de Madrid

Territorio y ciudad, después de la crisis.

M. Martín Rodríguez, Universidad de Granada

El caso de Madrid: 1997-2012. Del urbanismo explosivo al inane.

Sacar lecciones de la crisis.

J. Gómez Mendoza, Universidad Autónoma de Madrid

DOCUMENTO nº 10

Riesgos de pobreza, ingresos mínimos y servicios sociales

Círculo Cívico de Opinión. Noviembre/Diciembre de 2013

INFORMES

La garantía de unos ingresos mínimos para todos:

una reforma necesaria para mantener la cohesión social y preservar el capital humano.

M. Laparra, Universidad Pública de Navarra

Problemas y dificultades de los servicios sociales públicos y propuestas.

D. Casado, Seminario de Intervención y Políticas Sociales



DOCUMENTO nº 11

*El mercado hipotecario de viviendas en España:
una reconsideración*

Círculo Cívico de Opinión. Noviembre de 2013

INFORMES

Informe sobre los desahucios.

M. Atienza, Universidad de Alicante

La crisis de la hipoteca.

M. Hernández-Gil Mancha, Registrador de la Propiedad
Hipoteca y sobreendeudamiento.

Breve nota sobre las recientes iniciativas legislativas.

E. Calmarza Cuencas, Registrador de la Propiedad y Mercantil

DOCUMENTO nº 12

Por una reforma tributaria en profundidad

Círculo Cívico de Opinión. Febrero de 2014

INFORMES

Reforma tributaria.

E. Albi, Universidad Complutense de Madrid

Tres reflexiones sobre la reforma fiscal: fraude, desigualdad y descentralización.

J. López Laborda, Universidad de Zaragoza

Una evaluación del sistema fiscal español y las reformas necesarias.

I. Zubiri, Universidad de Zaragoza

DOCUMENTO nº 13

La Formación Profesional ante el desempleo

Círculo Cívico de Opinión. Octubre de 2014

INFORMES

Situación actual de la Formación Profesional en España.

Apuntes para un breve diagnóstico y propuesta de una agenda prioritaria.

F. A. Blas, Universidad Complutense de Madrid

Apuntes sobre la Formación Profesional en España.

J. Carabaña, Universidad Complutense de Madrid

Se es de donde se hace el Bachillerato... o no se es:

sobre la minusvalorización de la Formación Profesional y sus consecuencias.

M. Fernández Enguita, Universidad Complutense de Madrid

La Formación Profesional en España desde la perspectiva del empleo.

F. J. Mato Díaz, Universidad de Oviedo

DOCUMENTO nº 14

Empresas, función empresarial y legitimidad social de los empresarios

Círculo Cívico de Opinión. Noviembre de 2014

INFORMES

La legitimidad de empresas y empresarios en España: una perspectiva comparada.

E. Huerta Arribas, Universidad Pública de Navarra

V. Salas Fumás, Universidad de Zaragoza

Valoración del empresario y problemas y retos de las empresas en España.

J.R. Cuadrado Roura y A. García Tabuenca, Universidad de Alcalá

La función innovadora del empresario.

F. Becker Zuazua, Universidad Rey Juan Carlos

El empresario: función social y legitimación

A. Cuervo, CUNEF

El empresario en la sociedad actual. Clave del desarrollo societario y económico.

S. García Echevarría, Universidad de Alcalá

DOCUMENTO nº 15

La reforma constitucional y Cataluña

Círculo Cívico de Opinión. Marzo de 2015

INFORMES

La reforma constitucional y Cataluña

S. Muñoz Machado, Universidad Complutense

DOCUMENTO nº 16

Recuperar para el empleo a los trabajadores menos cualificados

Círculo Cívico de Opinión. Abril de 2016

INFORME

Recuperar para el empleo a los trabajadores menos cualificados.

L. Garrido, UNED, R. Gutiérrez, Universidad de Oviedo

DOCUMENTO nº 17

La transición energética y la Cumbre del Clima de París

Círculo Cívico de Opinión. Mayo de 2016

INFORME

La transición energética y la Cumbre del Clima de París

C. López, Universidad Autónoma de Madrid

DOCUMENTO nº 18

El Brexit y los intereses económicos españoles

Círculo Cívico de Opinión. Junio de 2016

INFORME

Referéndum sobre la permanencia del Reino Unido

A. Mangas, Universidad Complutense de Madrid

DOCUMENTO nº 19

Populismo: qué, por qué, para qué

Círculo Cívico de Opinión. Abril de 2017

INFORMES

¿Por qué el populismo?

F. Vallespín, Universidad Autónoma de Madrid

Radiografía del populismo

M. Martínez-Bascuñán, Universidad Autónoma de Madrid

DOCUMENTO nº 20

Pobreza, crisis humanitarias y cooperación para el desarrollo

Círculo Cívico de Opinión. Septiembre de 2017

INFORMES

La cooperación para el desarrollo en un mundo desigual

J. A. Alonso, Universidad Complutense de Madrid

Conflictos humanitarios y crisis violentas: de la respuesta a la prevención

J. A. Núñez y F. Rey, Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria (IECAH)

DOCUMENTO nº 21

Economía y populismos

Círculo Cívico de Opinión. Octubre de 2017

INFORMES

Crisis económica y populismos

J. M. Serrano, Universidad de Zaragoza

Desigualdad y populismos

E. Bandrés, Universidad de Zaragoza y Funcas

Globalización, Gran Recesión y populismo

G. de la Dehesa, CEPR de Londres

DOCUMENTO nº 22

Sobre el discurso del odio

Círculo Cívico de Opinión. Noviembre de 2018

INFORMES

Desactivar el discurso del odio y potenciar la libertad de expresión:

un juego de suma positiva

A. Cortina, Universidad de Valencia

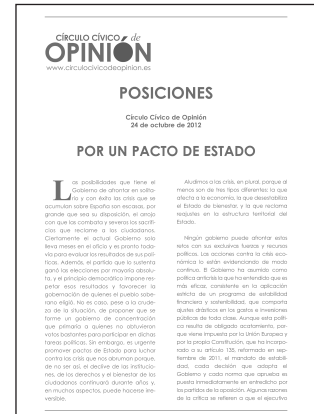
El discurso del odio: entre la trivialización y la hiperpenalización

M. Revenga, Universidad de Cádiz



Colección POSICIONES

- 1. POR UN PACTO DE ESTADO**
Octubre de 2012
- 2. ECONOMÍA ESPAÑOLA: TAREAS PENDIENTES**
Noviembre de 2012
- 3. CORRUPCIÓN POLÍTICA**
Febrero de 2013
- 4. ECONOMÍA ESPAÑOLA: CORREGIR EL AJUSTE PARA INICIAR EL CRECIMIENTO**
Mayo de 2013
- 5. OCHO MIL MILLONES DE EUROS DE AHORRO: LA COMPLEJA REFORMA DE LA ADMINISTRACIÓN LOCAL**
Mayo de 2013
- 6. SUPERAR LA DESAFECCIÓN, RECUPERAR EL APOYO CIUDADANO**
Julio de 2013
- 7. POR UN COMPROMISO NACIONAL DE REGENERACIÓN DEMOCRÁTICA**
Octubre de 2013
- 8. CATALUÑA: A FAVOR DE LA CONCORDIA**
Enero de 2014
- 9. ECONOMÍA ESPAÑOLA: LAS EXIGENCIAS DE UN CRECIMIENTO VIGOROSO**
Febrero de 2014
- 10. ANTE LAS ELECCIONES EUROPEAS**
Abril de 2014
- 11. ESPAÑA, LA APUESTA POR LA RENOVACIÓN**
Octubre de 2014
- 12. ECONOMÍA ESPAÑOLA: EL REALISMO OBLIGADO. LA HORA DE LA POLÍTICA**
Enero de 2015
- 13. POR UNA CULTURA DE PACTO Y COOPERACIÓN POLÍTICA**
Mayo de 2015
- 14. ESPAÑA ANTE EL 27-S**
Septiembre de 2015
- 15. NUEVA LEGISLATURA, NUEVO CICLO POLÍTICO: POR LA REFORMA Y EL PACTO**
Noviembre de 2015
- 16. EL VALOR ECONÓMICO DE LA UNIDAD: CATALUÑA EN ESPAÑA**
Diciembre de 2015
- 17. A FAVOR DE LA POLÍTICA: UN BUEN GOBIERNO ¡YA!**
Febrero de 2016



- 18. EUROPA ANTE LA CRISIS DE ASILO Y REFUGIO:
UN LLAMAMIENTO A LA RESPONSABILIDAD SOLIDARIA**
Marzo de 2016
- 19. HACIA LOS ESTADOS UNIDOS DE EUROPA**
Mayo de 2016
- 20. ANTE EL 26J**
Junio de 2016
- 21. ELECCIONES PRESIDENCIALES USA, 2016: ENTRE EL VÉRTIGO Y LA RESIGNACIÓN**
Septiembre de 2016
- 22. RECUPERAR LA CONFIANZA:
POLÍTICA DE RESPONSABILIDAD SOCIAL DE LAS ENTIDADES BANCARIAS**
Febrero de 2017
- 23. PACTO POR LA EDUCACIÓN PARA ESPAÑA**
Marzo de 2017
- 24. ESPAÑA Y LAS OTRAS MONARQUÍAS PARLAMENTARIAS DEL SIGLO XXI**
Noviembre de 2017
- 25. PREPARARSE PARA EL PRESENTE: DIGITALIZACIÓN Y EMPLEO**
Febrero de 2018
- 26. ¿FINAL DE CICLO EN LA ECONOMÍA ESPAÑOLA?
EL PAPEL DE LA POLÍTICA ECONÓMICA, HOY**
Noviembre de 2018



SOCIOS

Miguel Aguiló
Ingeniero de Caminos

Fernando Becker
Catedrático de Economía Aplicada

Antonio-Miguel Bernal
Historiador

Victoria Camps
Catedrática de Filosofía Moral y Política

Luis Caramés
Catedrático de Economía Aplicada

Francisco de Carreras
Catedrático de Derecho Constitucional

Elisa Chulía
Profesora de Sociología

Adela Cortina
Catedrática de Ética y Filosofía Política

Antonio Cortina
Director Adjunto del Servicio de Estudios
Banco Santander

Álvaro Delgado-Gal
Escritor

Luis Fernández-Galiano
Arquitecto

Juan Francisco Fuentes
Catedrático de Historia Contemporánea

José Luis García Delgado
Catedrático de Economía Aplicada

José Gasset Loring
Director de Relaciones Internacionales
Iberdrola

Jaume Giró
Director General de la Fundación Bancaria
“La Caixa”

Josefina Gómez Mendoza
Catedrática de Geografía

José Luis Gómez-Navarro
Director de Comunicación Corporativa y
Marketing Institucional de Telefónica

Fernando González Urbaneja
Periodista

José Luis González-Besada Valdés
Director de Comunicación y Relaciones
Institucionales de El Corte Inglés, S.A.

Rodolfo Gutiérrez
Catedrático de Sociología

Julio Iglesias de Ussel
Catedrático de Sociología
Fundación Juan-Miguel Villar Mir

Juan Carlos Jiménez
Profesor de Economía Aplicada

Emilio Lamo de Espinosa
Catedrático de Sociología

Cayetano López
Catedrático de Física Teórica

Óscar Loureda
Catedrático de Traducción, Lengua Española
y Lingüística General

Alfonso Maldonado
Catedrático de Ingeniería Geológica

Francisco Mangado
Arquitecto

Araceli Mangas Martín
Catedrática de Derecho Internacional Público
y Relaciones Internacionales

Manuel Martín Rodríguez
Catedrático de Economía Política

Antonio Merino
Director de Estudios y Análisis del Entorno
Repsol YPF

Jaime Montalvo Correa
Vicepresidente Mutua Madrileña

Santiago Muñoz Machado
Catedrático de Derecho Administrativo

Luis Oro
Catedrático de Química Inorgánica

Josep Piqué
Economista

Javier Rupérez
Embajador de España

José Manuel Sánchez Ron
Catedrático de Historia de la Ciencia

José María Serrano Sanz
Catedrático de Economía Aplicada

Ángel Simón Grimaldos
Presidente Ejecutivo de AGBAR

José Juan Toharia
Catedrático de Sociología

José Ignacio Torreblanca
Profesor de Ciencia Política

Fernando Vallespín
Catedrático de Ciencia Política

Ramón Vargas-Machuca
Catedrático de Filosofía Moral y Política

José Antonio Zarzalejos
Periodista

Juan Antonio Zufiría
Director General de IBM Global Technology
Services Europa

RAZÓN DE SER

1. Tras una exitosa transición desde la dictadura a una democracia ya plenamente consolidada, y tras varias décadas de no menos exitosos procesos de modernización económica, social y cultural, España aborda el segundo decenio del nuevo siglo con un escenario incierto. Sin negar la existencia de ámbitos en los que se han efectuado avances importantes, lo cierto es que sobre nosotros pende todavía la salida a la grave crisis económica, y se percibe un claro desgaste de la confianza en la clase política y una crisis de gobernanza que, según muchos, está provocando una puesta en cuestión del mismo modelo de Estado y favorece el aumento de una cierta “fatiga civil”. España, que había tenido un gran proyecto nacional unificador, el de la transición, muestra dificultades para reencontrar una visión clara de su interés general por encima de los intereses partidistas y de las prácticas que se arraigan en otros particularismos.

No es sorprendente que, en este contexto, y pocos años después de haber dado por definitivamente resueltos los problemas que atenazaron a regeneracionistas o noventayochistas, broten aquí y allá proyectos de “regeneración” y que incluso se hable de la necesidad de una “segunda transición”: para unos, el modo de superar la primera; para otros, el modo de hacerla finalmente efectiva. Ese ímpetu regenerador pone de manifiesto, en todo caso, que España no ha perdido el pulso y que la sociedad civil se inquieta e incomoda ante el presente, buscando alternativas que nos devuelvan a una senda que se corresponda con un más activo papel internacional y sirvan para generar un nuevo proyecto nacional.

2. El Círculo Cívico de Opinión es un producto más de esa coyuntura de incertidumbre, en tanto que foro de la sociedad civil, abierto, plural e independiente, alejado de los partidos pero no neutro (y menos neutral). Su objetivo es ofrecer un vehículo para que grupos de expertos puedan identificar, analizar y discutir los principales problemas y dilemas de la sociedad española, pero con la finalidad de que esos debates, conclusiones y sugerencias puedan trasladarse a la opinión pública.

Para conseguirlo, el Círculo generará propuestas y sugerencias concretas, que serán sometidas al escrutinio de la opinión pública a través de los medios de comunicación, los clásicos y los nuevos, pues pretende utilizar al máximo las posibilidades abiertas por las nuevas tecnologías de la información, para que su voz pueda ser escuchada y se proyecte hacia afuera. El Círculo parte del convencimiento de que no es bueno que los partidos monopolicen el espacio de la política; ésta debe estar abierta también a otros actores; foros como el Círculo pueden contribuir a ello.

3. El Círculo Cívico de Opinión toma la forma jurídica más simple, la de una asociación, y pretende trabajar con el mínimo posible de financiación y el mínimo posible de burocracia. Fundado por un grupo de ciudadanos preocupados por la marcha de la cosa pública, invita a todos los que puedan estar interesados a sumarse a su esfuerzo, contribuyendo tanto con apoyo económico como –lo que es más importante– con su inteligencia y conocimiento.

